

## Textos de la Eucaristía del Domingo

### Primera Lectura: del libro de Jeremías (31, 31-34)

«Mirad que llegan días — oráculo del Señor— en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No como la alianza que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto: ellos quebrantaron mi alianza, aunque yo era su Señor — oráculo del Señor—.

Sino que así será la alianza que haré con ellos, después de aquellos días — oráculo del Señor—: Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: 'Reconoce al Señor'. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande —oráculo del Señor—, cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados.»

### Salmo Responsorial: Sal 50, 3-4. 12-13. 14-15

R/. Oh Dios, crea en mi un corazón puro.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,  
por tu inmensa compasión borra mi culpa;  
lava del todo mi delito, limpia mi pecado. R/.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,  
renuévame por dentro con espíritu firme;  
no me arrojes lejos de tu rostro,  
no me quites tu santo espíritu. R/.

Devuélveme la alegría de tu salvación,  
afiánzame con espíritu generoso:  
enseñaré a los malvados tus caminos,  
los pecadores volverán a ti. R/.

### Segunda Lectura: de la carta a los Hebreos (5, 7-9)

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

### Evangelio: Jn (12, 20-33)

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: — «Señor, quisiéramos ver a Jesús.»

Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contesto: — «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a si mismo se pierde, y el que se aborrece a si mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará.

Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre.»

Entonces vino una voz del cielo: — «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo.» La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: — «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí.» Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.



## Reflexión : De Javier Garrido "Seguir a Jesús en la vida ordinaria"

### 1. Situación

La Cuaresma es un camino en que acompañamos a Jesús. Por la fe y en la Eucaristía, participamos de su Misterio Pascual. Se despliega ante nuestros ojos el Acontecimiento definitivo de la historia: Por una parte, la realidad del hombre con toda su ceguera y violencia, crucificando al Hijo; por otro, el amor incomprensible de Dios, entregando a su Hijo en manos de los pecadores y haciendo surgir la vida de la muerte. Jesús, elevado entre la tierra y el cielo.

¿Te parecen reflexiones demasiado elevadas, alejadas de la realidad o, a la inversa, que ese mirar al Hijo crucificado por nosotros es lo que te posibilita dar sentido al sufrimiento y asumir el peso de muerte y de pecado de la existencia humana?

Sin duda, en tu vida te está tocando vivir alguna prueba que te obliga a participar en la agonía de Jesús. Intuyes que en esa situación el Señor te está llamando a una fe y amor nuevos; pero te resistes, como es natural.

### 2. Contemplación

Haz oración desde esa situación de prueba, primero a la luz del Evangelio. Cada palabra te resuena.

La segunda lectura refuerza la anterior. ¿No te impresiona esa frase: El, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer? No tenemos otro camino. El obedecer de Jesús no es sumisión de esclavo, sino amor filial, libertad interior para hacer de la propia vida disponibilidad y misión.

La primera lectura, a primera vista, parece no concordar con las otras. Sin embargo, nos hace ver dónde está el núcleo de la cuestión tanto del corazón humano como de la obediencia de Jesús al Padre: que nosotros no vivimos de la Gracia, endurecidos como estamos por nuestro egocentrismo, y Jesús se siente pertenecer al Padre, gozosamente y para siempre.

¿Por qué sufrió entonces? Por puro amor nuestro, por compartir nuestra condición hasta el final. Tuvo que aprender en carne propia nuestro no a Dios y al hombre. De ahí surgió el sí de la Nueva Alianza.

### 3. Reflexión

Hay varios modos de asumir el sufrimiento. Uno, aceptarlo como parte esencial de la condición humana. O bien, mediante la lucidez racional que no se empeña en negar lo que es evidente. O bien, mediante la razón religiosa que considera la vida a la luz de la Providencia, que nos educa con los bienes y los males.

Otro, que nos viene sugerido por las lecturas de este domingo: asumir el sufrimiento mirando al Crucificado. El creyente conoce muy bien la diferencia. Reside en el corazón, pues ¡es tan distinto asumir el sufrimiento desde la razón o desde el amor! Este no encuentra razones e, incluso, se presta a heridas más hondas; pero no pretende

dominar la situación. Confía y ama. Y porque ama al Crucificado, la lógica del sufrimiento se transforma en esperanza, y la herida se suaviza, y el sin-sentido se hace abandono de fe. En algún momento, incluso el amor transfigura el dolor: «¡Gracias, Señor, por poder participar, aunque sea un poco, en tu Pasión!»

¿Qué parte te toca ahora en la pasión de Jesús?

### 4. Praxis

La Cuaresma nos adentra en las grandes cuestiones, que ordinariamente evitamos: la muerte y el pecado, el sufrimiento y la finitud, y la cuestión más misteriosa todavía: ¿Por qué Dios no nos ha dado explicaciones, sino que ha vivido con nosotros nuestra realidad hasta el final y, lo más sorprendente, la ha aprovechado para revelarnos su Amor y darnos su propia Vida eterna?

Nos acercamos a la Semana Santa, y convendría, si nos es posible, dedicar más tiempo a contemplar la vida y muerte de Jesús. No te quedes en meros sentimientos piadosos; procura aplicar la contemplación a la realidad personal, familiar y social. Pero no alejes tu mirada de Jesús. Repósala en El una y otra vez, acogiendo su Amor, haciendo tuyas sus actividades ante el Padre y los hombres, diciéndole que quieres seguirle, que te dé su Espíritu.

Si lees Jn 10, te ayudará a consolidar tu adhesión personal a Jesús.

## TEXTO DE FRANCISCO: REGLA NO BULADA

Cap. XXIII: Oración y acción de gracias

1 Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, Padre santo (Jn 17,11) y justo, Señor rey del cielo y de la tierra (cf. Mt 11,25), por ti mismo te damos gracias, porque, por tu santa voluntad y por tu único Hijo con el Espíritu Santo, creaste todas las cosas espirituales y corporales, y a nosotros, hechos a tu imagen y semejanza, nos pusiste en el paraíso (cf. Gn 1,26; 2,15). 2Y nosotros caímos por nuestra culpa. 3Y te damos gracias porque, así como por tu Hijo nos creaste, así, por tu santo amor con el que nos amaste (cf. Jn 17,26), hiciste que él, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen la beatísima santa María, y quisiste que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz y sangre y muerte. 4Y te damos gracias porque ese mismo Hijo tuyo vendrá en la gloria de su majestad a enviar al fuego eterno a los malditos, que no hicieron penitencia y no te conocieron, y a decir a todos los que te conocieron y adoraron y sirvieron en penitencia: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo (cf. Mt 25,34).

